

de un grupo de naciones, a las cuales también les tocó disfrutar de la sonrisa, de la belleza, de la armonía, de la precisión, que son la herencia de todas las civilizaciones mediterráneas.

Y gracias a Francia; gracias a la hospitalidad de París, la ciudad exquisita por excelencia; gracias a todos sus prestigios que también son los nuestros: porque si somos hijos de alguna civilización ella es la francesa. Aquí, en la gracia de estas sombras que nos abrigan, a la suave música de todas sus líneas que son sonrisas y que son encantos de una espiritualidad insospechada; aquí, en esta tranquilidad de ideas, de arte, de combates por los principios de la democracia, en este perenne triunfo de la vida de la inteli-

gencia, es en donde deberían venir a celebrar su independencia todos los pueblos de la tierra, porque en todo gesto noble de rebeldía, está presente el genio de París.

Genio Latino que extiendes tus alas como un dios protector, Genio de la Raza, hoy cumplimos cien años de vida libre y nuestro sentimiento más alto es el de pedirte que en todas las centurias que aun nos resten de vida, nos protejas, nos ayudes, porque con nosotros vive aún lo que tú enseñaste hace muchos siglos, en una serena tarde del Atica, a un pueblo grande por excelencia: las Patrias tienen un sentido espiritual...

Las palabras están terminadas.

París, 15 de setiembre de 1921.

Cartas de Juan Silvestre

Segunda carta de Juan Silvestre

a su amigo P. S., sobre una virtud que carece de alma

POR CARMEN LIRA

AMIGOTE bueno y sin pretensiones como un bollo de pan blanco: imagino que llego, que te abrazo y me siento a tu lado.

¿Sabes? Ni mi enfermedad cede, ni las solicitudes del vecino tampoco.

¡Ah! Cuán fácil es cuando el tiempo anda como el de ahora con aguas y ventoleras entre manos, cumplir con esa obra de misericordia que manda visitar a los enfermos, si éstos habitan tabique de por medio.

El buen señor llega, se arrellana en un sillón y comienza a darme conferencias sobre la moral más sosa que puedes concebir, con su hablita de sacerdote en el confesonario.

He comprendido que mi hombre cultiva virtudes que me son profundamente antipáticas como esta de la gratitud. Ha disertado largo rato sobre ella.

Apenas escuché el primer elogio, cogí mi pipa y mi pensamiento se las largó de mi habitación, entre las volutas de humo. Dentro de él, sin embargo, iba repicando con su sonido dulzón, la palabra *gratitud*, que todos los hombres repiten poniendo los ojos en blanco. Probablemente tu amigo Juan Silvestre es un ser inmoral, porque te confieso, le tengo aversión a esta virtud de ojos de perro. Y te confieso también que ha tiempos la eché de mis dominios.

No creo conveniente que todos hagáis lo mismo: es una virtud glutinosa indispensable en las sociedades. Pone en servicio las relaciones quebradas o hendidas; no hay más que aplicar un

poco de ella y la grieta queda hipócritamente cubierta o los pedazos tranquilamente juntos como si en su vida se hubieran separado.

A las personas honorables, de memoria feliz, las miro siempre con una gran desconfianza y procuro huir de sus campos de acción. ¡Qué cosa más tremenda es dar el más ligero codazo a estas criaturas, si antes han derramado sobre vosotros su misericordia corrosiva! Inmediatamente os miran de cierto modo asombrado y sonríen con un aire de mártir, que despierta en mí deseos criminales.

Hay gentes que me han cubierto de favores a las cuales jamás he podido amar.

¡Hacer favores o recibirlos! ¡Atar a otro al carro de la gratitud o ser atado a él! Te digo que me he avergonzado,

VENDEMOS

José Eustasio Rivera: <i>Tierra de Promisión</i>	67.00
Juan Ramón Jiménez: <i>Platero y Yo</i> ..	3.50
Eugenio D'Ors: <i>Glosario</i>	3.50
Jesús Urueta: <i>Conferencias y Discursos</i>	2.25
Antonio Caso: <i>Dramma per Musica Beethoven, Wagner, Verdi, Debussy</i>	2.00
José Vasconcelos: <i>Prometeo vencedor</i> .	2.00
Carlos Morla Lynch: <i>El año del centenario (Novela chilena)</i>	5.00
Castalia Bárbara, por Ricardo Jaimes Freyre	2.25
André Gide: <i>Los límites del arte</i>	2.00
Rubén Darío: <i>Hipsipilas</i>	3.00
» » <i>El árbol del Rey David</i>	3.00
Arturo Capdevila: <i>La Sulamita</i>	6.00

Solicítelos al Admor. del REPERTORIO.

cada vez que me sorprendí evocando con cadena al cuello, la ayuda que tuve la suerte de prestar a un prójimo.

¡A cuántos humanos la visión de esta virtud ha dejado inmóviles y mudos ante la injusticia!

Hay las almas que al hacernos el bien, tienen el aire de gentiles doncellas en una fiesta, que os coronaran sonriendo, de rosas frescas y aromas, escanciaran vino generoso en vuestro corazón embriagado así, y os pusieran alas que después de meceros entre las nubes os llevaran a construir un nido de amor en su regazo.

Hay, las que hacen el favor descarnado, siempre de dinero que sale de un bolsillo lejano muchas leguas del corazón y ofrecido con embozado ademán protector. El que lo recibe parece convertirse en una hucha de barro entre cuya oquedad suena al menor movimiento, seco y vulgar, el favor, como una moneda.

Y hay las almas de sembrador vulgar, quien al poner el grano en el surco lo ve ya centuplicado en su granero; o de mercader devoto que al dejar su dinero con aire grave en la mano del necesitado, cree trabajar su silla al lado de la Santísima Trinidad.

Excepto las primeras, son todas ellas, almas que al haceros su merced, es como si os clavaran una espina en el pensamiento. Y simultáneamente sentís que nace en vosotros el pesado sentimiento de la gratitud, cuyo polo tiene el mismo nombre del sentimiento interesado que impulsó a favoreceros. Entonces, a semejanza de lo que pasa en los imanes, estos dos polos del mismo nombre se rechazan.

Sobre mi mesa de trabajo hay una pequeña escultura, copia de la Victoria volando de Akermos: su ingenuo autor, para indicar que la figura avanza en el aire, la arrodilla y para que el cuerpo no toque el suelo, apoyó en el pedestal, los pliegues de su túnica.

En esta figura arrodillada que simula un vuelo, que finge remontarse cuando está bien apoyada en la tierra, veo el símbolo de la decantada gratitud.

Por reflexiones como éstas vagaba yo mientras mi visitante quemaba incienso ante la diosa que tan mala reputación tiene en mi ánimo. Cuando bajé, él tenía la cara ligeramente encendida y hablaba aún con voz temblorosa sobre el mismo asunto.

Ya termino, tranquilízate. Te vuelvo a abrazar, dando gracias a Dios porque nuestra amistad no ha tenido que ponerse en cuatro patas ni echar rabo para agitarlo expresivo ante un favor, porque entre nosotros no hay favores que van y vienen, sino mucho cariño que como el buen vino, conforme envejece, se ennoblece más.

JUAN